

Están a cientos, a veces miles, de kilómetros de tierra firme. Un atlas recopila la historia de cincuenta de estos territorios rodeados de un halo literario fascinante.

POR *Eduardo Lago*

Las islas del fin del mundo que no visitaremos

Todo empezó una tarde de 2006 en la sala de cartografía de la Biblioteca Estatal de Berlín. Judith Schallansky, joven profesora de 26 años, autora de un tratado de tipografía y novelista, estudia con hipnótica atención un globo terráqueo que tiene la altura de un hombre. Los investigadores que ocupan los escritorios dispersos por el gabinete de lectura apartan la vista de los documentos que tienen delante para observar los movimientos de la chica, que no para de dar vueltas alrededor del mapamundi, examinando hasta el menor de sus detalles. La historia de las relaciones entre cartografía y literatura está llena de momentos así. En las páginas iniciales de *El corazón de las tinieblas*, Joseph Conrad describe una situación similar. La noche ha caído sobre Londres mientras el *Nellie*, un viejo bergantín, se mece sobre las aguas del Támesis. En cubierta, un grupo de curtidos aventureros escucha las palabras de Charles Marlow. Una vez, siendo todavía un niño, explica el marinero, la visión de un globo terrestre le permitió prefigurar su futuro como viajero. Por aquel entonces aún quedaban en Sudamérica, África y Oceanía amplias regiones sin explorar. Sintiendo que se le encendía la imaginación, el pequeño Charles apoyó el índice en una de ellas y exclamó: “¡Cuando sea mayor, iré ahí!”.

Charles Marlow no es más que la proyección en el plano de la ficción de Joseph Conrad, el genial escritor polaco de expresión inglesa que tras décadas de surcar los océanos, trasla-

dó sus experiencias como marino mercante a unas novelas inolvidables. Si algo ha cambiado durante el largo siglo transcurrido desde que se publicó la primera edición de *El corazón de las tinieblas* (1899), es que no queda en el mundo un solo rincón sin explorar. ¿Qué espera, entonces, encontrar Judith Schallansky en el globo? ¿Qué ha vislumbrado? La respuesta llegaría tres años después, en las páginas de un atlas singular. Lo que estaba estudiando Judith no era la corteza de los continentes, sino la planicie azul de los océanos, que constituyen dos tercios de la superficie total del planeta. Su atención estaba centrada en los minúsculos puntos que, apenas perceptibles, representan las islas más inaccesibles del orbe.

Atlas de islas remotas es un compendio de 50 mapas de 50 islas situadas a gran distancia de tierra firme. Publicado originalmente en alemán y vertido a una veintena de idiomas, acaba de aparecer la versión en castellano de la obra a cargo de las editoriales Capitán Swing y Nórdica. En el prólogo, la autora cuenta que el episodio vivido por ella en la Biblioteca de Berlín le trajo a la mente la manera en la que la contemplación de un mapa dibujado a mano le hizo concebir al escritor escocés Robert Louis Stevenson uno de sus libros más emblemáticos: “La silueta que tenía delante provocó en mi imaginación un estallido que no sé explicar. Allí había encerrados puertos repletos de misterio, y con la inconsciencia de quien se sabe predestinado a algo que le desborda, decidí poner a mi creación el título



La isla Ascensión, que pertenece a Reino Unido y se ubica en el Atlántico, y las de Navidad y Macquarie, en el Índico y el Pacífico, territorio de Australia.

de *La isla del tesoro*. *Atlas de islas remotas* no está, huelga decirlo, a la altura de la tenebrosa narración de Conrad ni del luminoso relato de Stevenson. Lo que sí consigue es conectar con las fuerzas de signo contrapuesto que representan estas dos obras, la lucha que sostienen entre sí el bien y el mal. Dicho con las palabras que dan título al prefacio del libro, "si el paraíso es una isla, el infierno también lo es".

Tratado de cartografía, ensayo historiográfico, recopilación de mitos, meditación poética y compendio de historias, *Atlas de islas remotas* es el negativo de un libro de viajes. El subtítulo de la obra, *Cinuenta islas en las que nunca he estado ni tengo la menor intención de hacerlo jamás*, no permite dudas. En el libro, las artes de la cartografía y la tipografía alcanzan raras cotas de delicadeza y perfección. Las páginas pares reproducen la historia de la isla; las impares, un mapa a dos tintas apenas coloreadas (gris volcánico sobre el azul del mar). Preside cada texto una gavilla de datos y coordenadas: nombre de la isla, país a cuya jurisdicción pertenece, océano en que se encuentra, longitud y latitud, extensión, número de habitantes y distancia que la separa del punto más cercano de tierra firme, que en ocasiones llega a ser de 2.000 o 3.000 kilómetros. Siguen la fecha en que fue avistada por primera vez, el nombre de su descubridor y un sucinto resumen de los principales avatares históricos allí acaecidos.

Hay 3 islas del Glacial Ártico, 9 del Atlántico, 7 del Índico, 27 del Pacífico y 6 del An-

“Los cartógrafos deberían reivindicar su oficio como un arte poético, y los atlas, como un género literario”

tártico. Muchas veces, el nombre basta para encender la imaginación: Pagana, Santa Kilda, Soledad, Thule, Tristán de Acuña, Tromelin, Navidad, Howland, Napuka, Robinsón Crusoe, Fangataufa, Altasov, Pukapuka, Floreana, isla de las Antípodas, Clipperton, Socorro, Pitcairn, Semisopchnoi, Takuu... La negación del viaje físico es una invitación a realizar otro de estirpe literaria. *Atlas de islas remotas* responde a la convicción de que no hay aventura más fascinante que sumergirse en una buena historia. En las islas cuya cartografía recoge este libro las hay de todas clases: de espías, de piratas, de soñadores...

Durante años, la inmensa mayoría de los niños que venían al mundo en Santa Kilda, el punto más distante de las Hébridas, morían al poco tiempo de nacer. En Ascensión hay una estación de seguimiento de misiles construida por la NASA que solo frecuentan, de manera ocasional, telegrafistas y espías. En la des-

habitada Bouvet, los albatros de color ceniza acechan como vampiros a los barcos que se acercan; en Tristán de Acuña, el patriarca William Glass estableció un microestado comunista; en la isla de Navidad, cada mes de noviembre, 120 millones de cangrejos alcanzan a la vez la madurez sexual e inician su descenso hacia el mar, formando un gigantesco tapiz rojo que cubre en su totalidad la isla; en Pukapuka, la idea de la virginidad carece de sentido y sus habitantes tienen canciones para antes y después del coito; los habitantes de Banaba no entierran a los muertos, los cuelgan del techo de las cabañas y esperan a que se pudran; en Pingelap, un porcentaje elevado de la población es daltónica; el farero de Clipperton se proclamó rey de la isla y emprendió una campaña personal de violaciones y asesinatos hasta que las mujeres del lugar acabaron con su vida; en San Jorge se avistaron sirénidos hasta 1786, en que fue exterminado el último ejemplar; en Tikopia, cuando se malogran las cosechas, antes de morir de hambre, las mujeres solteras se ahorcan o se arrojan al mar.

Según la autora, los mapas de las islas que figuran en el libro establecen con las historias que se cuentan un extraño pacto: la realidad se hace ficción y la ficción se torna real. “Los cartógrafos”, precisa, “deberían reivindicar su oficio como un verdadero arte poético, y los atlas, como un género literario de belleza máxima”. Las historias que se encierran en las páginas de este breve tratado confirman la verdad de tan sagaz observación ●



La isla Pukapuka, perteneciente al archipiélago de las islas Cook (Nueva Zelanda), la Tikopia (de las islas Salomón) y Takuu (de Papúa Nueva Guinea) están en el Pacífico.